

existencia de la humanidad y es la venida de Jesucristo. Desde entonces, el hombre, no bastándose a sí mismo, suspira incesantemente por su engrandecimiento. Poseído de un instinto superior, atiende a la investigación, perfecciona las artes, apura las ciencias, domaña la materia, crea instituciones, atesora conocimientos y, alzadas de continuo las manos sobre la figura del mundo que pasa, prosigue aunque en ocasiones parezca ignorarlo, como la sombra al cuerpo, en pos de un ideal de perfección verdaderamente divino. Particularmente de las regiones de la filosofía, jamás el espíritu humano se mostró más poderoso que cuando más participó de la influencia cristiana. Por eso el advenimiento de Jesucristo parte espontáneamente de la historia de la filosofía en dos grandes épocas: la que le antecedió y la que le ha seguido.

FRANCISCO M. RENJIFO

### Ecos de mis montañas

Tercer día de *molienda*. En el trapiche todo es desorden: montones de caña, bagazo acá y allá, hombres enmelotados hasta las barbas, gritos a los bueyes, chirriar del *madrino*, calor en la hornilla y en el ambiente ese dulcísimo e inconfundible olor que despiden los fondos cuando hierven. En el llano del corral, cogollo esparcido que comen y pisan las vacas y sus terneros mezclados con los bueyes del trapiche, más allá entre los verdes cañales de la vega blanquean las camisas de los peones y brillan al sol sus machetes que suben y bajan sobre los tallos formando un continuo relampagueo y por el camino que arranca del valle bordado de cafetales y plataneras avanza silbando *guabinas* un peón que arrea tres mulas cubiertas con inmensas cargas de caña.

La *puerta de golpe* del trapiche se abre dando un quejido y por ella entra una muchacha de unos diez y siete años, alta, blanca, delgada, de ojos muy negros y vivos y de pies pequeños ceñidos de limpio alpargate de fique; viste saco y falda de zaraza pintada de ramitos negros y por debajo de su sombrero blanco de caña, asoman rebeldes algunos rizos de su abundante cabellera castaña; en la mano lleva una totuma. María, que éste es el nombre de la que acaba de llegar, es el tipo de las muchachas que en las haciendas llaman *de la casa*; hijas de algún vecino pobre han ido muy pequeñas a servir a la señora y se hacen tomar cariño de todos, especialmente de los niños, cariño que después por parte de éstos puede hacerse algo ambiguo o equívoco, y que terminan por ser magníficas esposas de alguno de los peones que las vieron crecer hacendosas y buenas a la sombra de la casa de los patrones. Son también a veces heroínas de historias novelescas que terminan siempre igual: un hombre con el cráneo roto de un machetazo tendido en un charco de sangre y otro muerto de tristeza y angustia entre las sombrías paredes de un panóptico.

Apenas entró la joven los ojos de los peones se volvieron a ella y todos hasta el chino que arreaba los bueyes le dirigieron algún gracejo sencillo y rudo, pero ella sólo hizo caso a Pedro *el prenero*, un fornido muchacho de unos veintidós años a quien dirigió unas cuantas frases al parecer de desprecio pero cuyo tono y gesto gracioso indicaban que una cosa decía y otra sentía; mientras tanto tomaba el cazo y echaba en su totuma un poco de miel que a eso la mandara su señora.

De repente se oyó una blasfemia en que se mezclaban rabia, fortaleza y desesperación: *el prenero* distraído con la presencia de la muchacha se había dejado coger una mano por las masas de piedra, y cuando to-

dos al oír el grito voltearon a mirar sólo vieron en lugar de la mano unos cuantos tendones sangrientos; y no quedó sin brazo porque él al sentir el dolor puso un pie en el madero y tirando con fuerza arrancó de entre las negras y crugientes masas de piedra su mano que pasó al otro lado convertida en informe masa roja de carne y huesos triturados. Después gritó:—Antonio, venga reempláceme—y salió del trapiche más blanco que un muerto pero con paso firme sosteniendo en la izquierda su sangriento *ñoco* que dejando caer un hilo tibio hacía florecer de rojo el verde gramal por donde iba pasando. Ella lo seguía unos pasos atrás llevando en su mano la totuma de miel que se hubiera vuelto amarga si le hubiera caído una lágrima de las que silenciosas rodaban por sus pálidas mejillas.

\* \* \*

Años más tarde el manco Pedro trabajaba para llevar el pan honrado a María, su esposa, y a sus hijos. Un día le preguntaron sus amigos en la labranza:

—Ala, Pedro, cómo jué pa quedar manco? y él les contestó con una sonrisa de estoico desprecio:

—No jue nada, jue un mordizquito que me dio el trapiche; y sacudiendo en la izquierda su machete agregaba:

—Pero con ésta tengo.

JOAQUIN SERRANO SERRANO

alumno convictor.

Bogotá, septiembre de 1923.

